

LA INMACULADA EN LA PINTURA DE MURILLO Y ZURBARÁN

ANTONIO OJEDA AGUILERA
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

El ambiente enfervorizado del pueblo andaluz, anticipado defensor de la Inmaculada Concepción a su definición como dogma de fe por Pío IX, contagió con su entusiasmo a los artistas del siglo XVII, convirtiéndolos en fieles propagandistas del espíritu mariano, apenas hubo pintor o imaginero que no se hiciera eco de esta devoción en su obra, de la que dejaron buena muestra en los retablos de catedrales, iglesias y conventos. Sólo en la Catedral de Córdoba hay hasta una docena de cuadros dedicados a la Inmaculada, un mural de la Virgen con San Felipe y Santiago el Menor y alguna que otra imagen como la bellísima de Pedro de Mena de la capilla que el obispo Salizanes dedicó a la Purísima.

Con ser importante el motivo religioso, no lo era menos el contenido poético y plástico del tema, tan atractivo para los artistas y así despertó la atención de dos de los más destacados pintores que por aquellos tiempos trabajaban en Sevilla, y que con mayor entusiasmo se entregaron a la exaltación de tan sugestiva imagen: Murillo y Zurbarán.

Francisco de Zurbarán nació en Fuente de Cantos en 1598 y en 1614 ya marchó a Sevilla para iniciar su aprendizaje en el taller de "pintor de imaginaria" Pedro Díaz de Villanueva. Bartolomé Esteban Murillo, nacido en Sevilla veinte años después, en 1618, dio sus primeros pasos de aprendiz en la escuela del pintor Juan del Castillo, tío del pintor cordobés Antonio del Castillo.

Las primeras Inmaculadas que se conocen de estos dos grandes artistas fueron firmadas: la de Zurbarán de la colección Valdés de Bilbao, en 1616; la de Murillo, en 1652, es la "Inmaculada y Fray Juan de Espinosa". De estos dos pintores hay catalogadas catorce Inmaculadas de Murillo por Mayer; Pérez Delgado agrega tres más y Pijoán dice que se conservan más de veinte, lo que justifica que llamasen a Murillo el pintor de la Inmaculada Concepción. Le sigue Zurbarán con unas ocho, más otras en las que la Purísima aparece en el conjunto de otras escenas místicas. De nuestro Antonio del Castillo, el Académico Sr. Valverde Madrid hizo referencia a nueve en su discurso de ingreso.

Por orden cronológico nos ocuparemos primero de Francisco de Zurbarán. Refiriéndonos a su primer cuadro, ya citado, representa a una Virgen niña sobre ocho cabecitas de ángeles que la elevan y a sus pies se alinean otra serie de angelotes de cuerpo entero formando coro. La obra presenta una cierta torpeza de proporciones, que denotan la mano de aprendiz que debía de ser entonces, aunque ya se apuntan el equilibrio y serenidad de sus composiciones. Sus biógrafos cuentan que pintó este cuadro aprovechando los días festivos que tenía libres del compromiso contraído con su maestro.

Zurbarán va adquiriendo nombradía y a la par despertando la envidia de otros artista, y a partir de una invitación que le hace el Cabildo de Sevilla para que fije allí su residencia, el 23 de mayo de 1630, el gremio de pintores y en su nombre Alonso Cano piden al concejo municipal que mande examen a Francisco de Zurbarán de todos los menesteres y técnicas del arte según previenen las ordenanzas. El pintor hizo su descargo exponiendo la labor que llevaba realizada en los conventos de San Pablo y de la Merced y que el hecho de haber sido incitado por el propio Cabildo suponía que le había dado su aprobación. Para zanjar el incidente, es el mismo Cabildo, con una sentencia indirecta, el que encarga a Zurbarán la pintura de una Inmaculada, que es conocida como de Jadraque, y hoy se encuentra en el Museo Diocesano de Sigüenza. De ella ha dicho Julián Gállego que es de "un blanco de nieve radiante envuelto como una joya en el acerado azul del manto".

Parecida a esta Inmaculada pintó otra para el colegio de las Esclavas Concepcionistas de Sevilla, que actualmente está en El Prado. En 1932 hizo otro cuadro de la Inmaculada con dos clérigos jóvenes arrodillados a derecha e izquierda de los ángulos inferiores del lienzo, que se equilibran en los ángulos superiores con dos angelitos que uno sostiene rosas y el otro azucenas; se encuentra en el Museo de Cataluña. De 1640 es la pintura que posee el Museo Cerralbo de Madrid, sólo con la imagen de la Virgen. Hay otra similar en el Museo Lázaro Galdiano, aunque algunos opinan que es más propia de su taller. Otra Inmaculada a la que consideran una de las más grandiosas está en la National Gallery de Edimburgo.

En 1661 pintó otra Inmaculada casi niña, que recuerda a su primera obra de este tema, y que se distingue de todas las suyas porque la representa con los brazos abiertos en actitud implorante, la mirada hacia el cielo, el cuerpo levemente ondulado y el manto azul ondeando por el viento. La posee el Museo de Bellas Artes de Budapest.

Los pinceles de Zurbarán esculpen volúmenes que modela con planos geométricos; sus figuras están llenas de naturalismo; esto se aprecia claramente en las caras de sus Inmaculadas, que se repiten; sin duda, están tomadas de modelos, son retratos posiblemente de su segunda esposa, Beatriz de Morales, la misma que se ve en otras obras suyas como la Anunciación, la Adoración de los Reyes Magos, la Adoración de los pastores o el Milagro de la Porciúncula, excepto la faz de la Inmaculada de Cerralbo, que es distinta; algunos autores opinan que en ésta retrató a su última esposa, Leonor Tadera. Zurbarán es el menos barroco de los pintores de su época, se le achaca que su pintura tiene los tintes oscuros de Caravaggio, pero sus Inmaculadas poseen un luminoso y bri-

llante colorido con rutilantes blancos de levísimas irisaciones tornasoladas. En la poesía de Rafael Alberti, Zurbarán es “pincel que teje, aguja que tornea/ nunca la línea revistió más peso/ ni el alma paño vivo de carne y hueso”.

Las Purísimas de Murillo iconográficamente son muy similares entre sí, pero siempre distintas, de ningún modo puede aplicársele que se copie a sí mismo; son más idealizadas y llenas de dulzura y espiritualidad; en todas ellas volcó el pintor su especial veneración. Estos cuadros suyos gozaron de la admiración popular en su día y siguen siendo su obra más feliz; tal vez la excesiva divulgación que de ellas se ha hecho como de gran parte de sus pinturas haya perjudicado la fama del pintor, aunque la exposición antológica que presentó el Museo del Prado hace pocos años hizo mucho por reivindicar su auténtico valor.

Entre 1652 y 1665 pintó Murillo la mayoría de sus Inmaculadas: las llamadas de San Ildefonso y de Aranjuez; otras dos que guarda el Ermitage de Leningrado denominadas de Walpole y de Esquilache; la que tiene el Museo de Berlín; la que está en el Museo del Prado procedente de la iglesia de los Venerables de Sevilla, llamada de Soult por el nombre del general napoleónico que la requisó y que fue recuperada tiempo después y la Concepción Grande de los Franciscanos que hay en el Museo de Sevilla.

También es de este tiempo otra colosal Inmaculada: la de los Capuchinos, hoy así mismo en el Museo de Sevilla, de la que se cuentan varias anécdotas: una, que no gustó a los frailes porque no encontraban en ella la perfección propia de Murillo, por cuando éste la colocó en la bóveda a la que iba destinada y la contemplaron a distancia, quedaron prendados; dicen que el pintor entonces les subió el precio que tenía convenido. Otra, que el encargo le fue hecho por el cabildo catedral, que no la aceptó, por lo que Murillo se la regaló a los frailes.

La Inmaculada de los Franciscanos es la que más se aparta del modelo habitual del pintor; a la apacible quietud con que representa a las demás, en ésta la Virgen tiene un movimiento del cuerpo más desenvuelto, con el torso iniciando un giro hacia el lado izquierdo, su pierna derecha adelantada y la izquierda apoyada sobre una nube, sus manos se extienden en la misma dirección de su hombro izquierdo con las manos unidas suplicantes, la mirada dirigida hacia la tierra, el manto le sube agitado por el viento en dirección al ángulo derecho del cuadro, no pisa la media luna que suele colocar a los pies de sus Inmaculadas el pintor, sino que lo hace sobre un círculo blanquecino como de luna llena, y hasta los angelitos que siempre rodean a la imagen aparecen algo más crecidos, ya no son los gordezuelos querubines, aquí son unos niñitos con alas.

La catedral de Sevilla tiene otra Inmaculada, desbordada por un cúmulo de angelitos; el Museo del Louvre de París exhibe una Purísima con adoradores, en un lienzo de medio punto, que si bien repite la consabida imagen de las demás, está tratada con blandura y sin el carisma de Murillo. Otras Inmaculadas son conocidas como la de la Toja, de Ceriola, etc.; la relación de todas ellas se haría interminable; cabe destacar una excepción por ser sólo de medio cuerpo cortada a nivel de la cintura con una gran media luna; está en el Museo del Prado y es de una bellísima expresión.

De Murillo dice Alberti: “Hay un azul Murillo Inmaculada / precursor del brillante de los cromos”.

Como le ocurrió a Zurbarán, la envidia de los de su gremio también alcanzó a Murillo; en su caso fueron el mismo Alonso Cano y Valdés Leal; hombres díscolos y violentos) le causaron amarguras que llegaron a hacerle cerrar una Academia de Pintura que había creado y que en su generosidad les había encargado dirigirla. Valdés Leal no se ocultaba en decir de Murillo que era un mal pintor.

Según Pacheco, la Inmaculada ha de pintarse “con túnica blanca y manto azul, vestida de sol, coronada de estrellas, y la luna debe ir debajo como globo claro y transparente o la media luna con las puntas hacia abajo”. Tanto Zurbarán como Murillo le fueron fieles sus indicaciones, con algunas licencias.

Ambos pintores recrearon a la Virgen según los cánones expuestos, se diferencian entre sí por su colocación, Zurbarán dibuja la imagen en posición recatada y vertical, el vestido blanco salvo en dos ocasiones que le da tintes rosados, el manto envolviéndola o abierto en forma triangular como hace en la Inmaculada de Jadraque, coronada de estrellas y sobre la media luna con las puntas hacia abajo. Murillo les da una actitud más airosa y llena de gracia, la túnica siempre es blanca, el manto suele pintarlo suelto sobre los hombros con gran movimiento, rodeando el cuerpo o uno de sus brazos y dejando siempre algún lado que vuele a derecha o izquierda, la corona de estrellas la sustituye por un brillante halo de luz y la media luna, desobedeciendo a Pacheco, la pinta con las puntas hacia arriba.

Todas las Inmaculadas son sostenidas por pequeños ángeles que no parecen elevarla al cielo como una Asunción, sino sólo sostenerla, servirle de apoyo etéreo para que sus pies no rocen el suelo. Ángeles que sólo asoman sus cabecitas a los pies de las Concepciones de Zurbarán, o regordetes querubines que las rodean jugueteando sobre las nubes en que se posan como pinta Murillo.

La pintura de Zurbarán es vigorosamente modelada con amplios empastes de color en planos simplificados, de sereno sombreado y clara luminosidad. Los pinceles de Murillo son de una alada suavidad y un sentimiento más barroco de la composición, rondando el manierismo, gran artífice del color y muy místico en la interpretación de los temas.

Para terminar, el recuerdo de una excepcional Inmaculada, la que pintó el valenciano Ribera para el convento de las Angustias de Salamanca, que algunos críticos consideran como la obra religiosa más importante del barroco español.